

Un día memorable

Por Humberto Murrieta N.
Contador.

El jueves 18 de septiembre de 1997 es memorable para docenas de miles de contadores de más de 100 países del mundo, yo incluido, con el aderezo que para mí lo fue, ¡faltaba más!, por partida doble: ese día mi vida fue tocada, además y por otra parte, con un golpe de timón de 180 grados (y al escribir septiembre caigo en cuenta que son varios los momentos cruciales los que en distintos septiembreres he vivido. Pero esas son otras historias).

El ¿cargo? A las 6 de la mañana me despertó una llamada de mi hijo Humberto, que en esas épocas trabajaba con Paul Volcker en Nueva York (Wolfensohn & Co., Banca de Inversión): “Papá, están anunciando en Bloomberg que Coopers & Lybrand y Price Waterhouse se fusionan a nivel mundial”.

Me caí de la cama... impactante información para alguien que sólo mes y medio antes se había jubilado de C&L (Casas Alatraste), después de 43 años de desempeño profesional en un entorno cultural y de costumbres cotidianas que a partir de ese momento, intuí, empezaría a desaparecer, a diluirse, a ser diferente, simplemente diferente; no peor, no mejor, diferente.

Las evocaciones brotaron de manera incontenible, la nostalgia romántica se hizo presente: me remonté a enero de 1955, cuando ingresé a Casas Alatraste y tenía “su departamento extranjero”: A. Andersen cohabitaba con nosotros. Recordé que ocho meses después hubo una muy civilizada separación (transcurridos 10 años de convivencia feliz, quisieron casarse con Don Roberto, pero éste con donosura no aceptó que predominara el nombre de ellos) y nos partimos a la mitad, quedamos 75. Se fueron Andrés Ruiz, N. Urquiza, E. González; se quedaron Rogelio C.A., E. Creel, M. Resa; O. Chávez, otros, yo, y así fui testigo del cortejo de varias firmas extranjeras que buscaban representación y en agosto del 57 de la asociación con C&L Internacional.

Las firmas fundadoras fueron Inglaterra, EU y Canadá, México la cuarta, después Alemania. Al momento del anuncio, C&L estaba presente en 125 países, PW en 119; personal de 66 mil en aquélla, 53 mil en ésta. Al jubilarme, en tanto presidente y director general de la firma, era parte del consejo mundial de directores y presidente de las firmas latinoamericanas. Montaña enorme de vivencias, recuerdos gratisimos, infinidad de buenos amigos esparcidos por el mundo.

Conmovido, me apersoné en el Despacho a la hora del café de los socios –una sabia costumbre que fue inventada por E. Creel– por primera vez desde mi retiro, sabedor de la dimensión de lo que en ese día estaban viviendo. Había que compartirlo. A la hora de la comida, conscientes del efecto del *notición* que *como reguero de pólvora* seguramente ya era del conocimiento de clientes y colegas, *salimos a dar la cara* a distintos clubes: University, Banqueros, Industriales...

El ¿abono? Hugo Lara, mi sucesor en la dirección del despacho, F. Pérez C., F. Casas A., y yo fuimos al Club de Industriales. En una mesa comían Luis Téllez, a la sazón jefe de asesores del entonces Presidente Zedillo, y el inefable Porfirio Muñoz Ledo, flamante diputado de la recién iniciada LVII Legislatura, a quien unos meses antes habíamos invitado al Despacho a dar una conferencia.

Al saludarlos y presentar a Hugo como el nuevo director, Porfirio, con esa su sagacidad característica de inmediato le preguntó: “Oye, ¿qué socio importante de Casas Alatraste acaba de renunciar?”. Hugo la cogió al vuelo y como venía le contestó, señalándome: “No, ningún renunciar, se jubiló y lo tienes junto de ti...”.

De inmediato Muñoz L., engolando la voz, sin discreción y con su también habitual prepotencia, le espetó a Téllez: “Pues aquí tienes al presidente de la mesa directiva en septiembre de la Cámara de Diputados –señalándose a sí

mismo– y aquí –atrayéndome hacia él– a nuestro próximo Oficial Mayor”. Estupor general, yo boquiabierto. Haciéndose cargo del calibre de lo anunciado, añadió: “Esta mañana, Ricardo García Sáenz propuso tu nombre al G 4”. Lo memorable del día llegó a su clímax.

Por la tarde, García Sáenz llamó para decirme “que se estaba barajando mi nombre” y pedirme un currículum; incluyó como puestos posibles a la contraloría o bien la tesorería, que son niveles menores. No ventaneé a Muñoz L. Le dije que no; bla, bla, bla; insistió. “Sólo mándamelo, sin compromiso”. Y débil como soy, lo envié.

García S. amerita un paréntesis: Para empezar, después de un par de frases y de muchísimos años de hablarnos de *usted*, de él salió ¿qué tal si nos hablamos de *tú?*, lo que para mí fue la verdadera invitación. Luego les cuento que a mediados de julio, pocas semanas antes, recién electo diputado del PRD, se dio la *circunstancia* de que coincidimos en el Guria.

Lo felicité por su elección y a pregunta suya le informé que a finales de ese mes me jubilaba, mes en el que se dio la *circunstancia* de que el PRI por primera vez en 70 años no tuvo mayoría absoluta en la elección de diputados federales. Y pertinente añadir que fuimos sus auditores externos en diversas ocasiones: primero en Condumex, luego en sus dos épocas en el IMSS y en medio de éstas, en Grupo Sahagún, de cuyas auditorías yo era el socio a cargo.

El G 4 fue la constitución virtual (hagan de cuenta, el Tucum) de un bloque de cuatro partidos políticos de oposición que *agarraditos de la mano* podían mayoritar al PRI, que con sus 238 diputados (ahora tienen 237 y lucen todopoderosos) perdían toda votación ante los 262 que ellos sumaban: 128 el PAN, 121 el PRD, siete el Verde y seis el PT.

Así lo hicieron desde antes de que se instalara la histórica LVII Legislatura en lo que se conoció como el Pacto de Esopo, no porque perteneciera al campo de la fábula (¿o sí?), sino porque es el nombre de la calle donde vivía S. Creel, pues fue en su casa donde efectuaba sus reuniones esa efímera *inteligencia* de la Cámara baja: Medina Plascencia, Muñoz L., el *bebé verde* y A. González, coordinadores de los partidos mencionados (todos acompañados de sus Paolis, Creel, Pablo Gómez, etc.).

Llegaron a ocho acuerdos políticos a negociar con el PRI para el funcionamiento de la Legislatura: el Presidente de la Comisión de Régimen Interior y Concertación Política (CRIP, sustituta de la Gran Comisión, que vaya que era grande pero que sin mayoría absoluta no funcionaba),

Medina P., los primeros seis meses; el presidente de la mesa directiva de septiembre, Muñoz L., quien le contestó el informe a Zedillo; y, entre otros, la designación del Oficial Mayor, decimonónico título del máximo nivel administrativo de San Lázaro. Debía ser apartidista, no haber trabajado en el gobierno, de cierto prestigio y lo suficientemente tarugo para que dijera sí.

Durante 15 días no supe más. El viernes 3 de octubre me habló Santiago Creel, con quien coincidía en varios consejos de administración, para ratificar la invitación, pero ya oficialmente a nombre del Presidente de la CRIP.

Repetí el no, pero acepté ir a San Lázaro el lunes 6 a explicarle a Medina P. mis razones y sucedió... el recinto, la bandera, la nueva democracia, etc., hicieron su trabajo: el 16 de octubre por consenso, con el beneplácito del PRI, el pleno consumó ese golpe de timón en el rumbo de mi vida, a los 63 años de edad.

Doce años después, la lectura *contable* de ese memorable día me dice que *el cargo*, la fusión de C&L y PW, incrementó su crédito mercantil y que ya mezclas siguen siendo lo que siempre fueron: templo incuestionable a la ética profesional. El *abono*, mi incursión en el servicio público, sin falsas modestias, afirmo que acrecentó mi patrimonio personal. Me enriqueció. Conocí y entendí mejor a México.

Buscando un parangón, descubrí que la Cámara de Diputados es como la UNAM y ambos, espejo del país, en que se dan todos los estadios: personas excelentes, buenas, satisfactorias y deleznable, los Salgados Macedonios, los Fernández Noroña; pero los buenos, a fe que sí, hacen mayoría. Como dice Woldenberg, “no existe ámbito institucional en donde mejor se encuentre representada la variedad de opiniones, sensibilidades e idearios que existen en el país” (*Reforma*, 24 de septiembre de 2009).

Me tocó presenciar la desaparición de la aprobación automática de leyes y asuntos por imposición del Ejecutivo, el inicio de la dignificación como par del Poder Legislativo y el consecuente nacimiento y desarrollo del arte de la política (incipiente e ingenuo entonces; en proceso de maduración todavía) como recurso para llegar a acuerdos en beneficio del Estado, “ya que están obligados a construir mayorías a través de la negociación”.

En fin, que fui testigo de una legislatura histórica y de múltiples acontecimientos sabrosos, muy contables... aun cuando en la ortodoxia de la profesión, *no contables... ¿o sí?* 